

VIDA CONSAGRADA Y CONSERVACIÓN DE LA CREACIÓN*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Es un honor para mí estar aquí hoy 16 de julio de este año de Nuestro Señor de 2004. Este fue el día, hace exactamente 950 años, en que el cardenal Humberto, el legado del papa León IX, proclamó la Bula de excomunión de los cristianos orientales en el altar de Hagia-Sophia, en Constantinopla, y el patriarca Miguel Cerulario respondió excomulgando a todos los latinos que reconocieran la autoridad del papa en Roma. Somos conscientes de las terribles heridas que la flaqueza humana y la dureza de corazón han infligido al Cuerpo de Cristo desde 1054. Alegrémonos por la acción del Espíritu Santo que nos ha reunido hoy aquí en oración y acción de gracias por sus dones, para compartir unos con otros nuestro gozo en nuestra vocación a animarnos mutuamente en nuestro celo por nuestra Misión de proclamar el Reino de Dios.

II

Desde el comienzo debo dejar claro que no soy especialmente competente en materias de medio ambiente y conservación de la creación. Mi comunidad ha estado implicada en

* Traducción del inglés de la Dra. Rosa M^a Herrera.

el “proceso conciliar”, pero hasta ahora, ha sido en temas concretos de justicia y de paz donde ha dejado una huella más que en los de conservación de la naturaleza. Ciertamente muchas de nosotras hemos trabajado durante años hasta hace poco como ayudantes en el huerto, utilizando exclusivamente compuestos orgánicos e intentando amar a todos los animales, pájaros e insectos que siempre conseguían nuestras verduras y frutas antes de que nosotras lo hiciéramos, e incluso después de que hemos reducido considerablemente el huerto, quedan huellas de este compromiso, que pueden encontrarse alrededor del monasterio.

En 1997 fui uno de los miembros del grupo que representaba a la Iglesia católica de Alemania en la Asamblea ecuménica de Graz. Es significativo para nuestra forma de compromiso que la principal contribución de nuestra comunidad a esta asamblea fuera organizar, junto con los miembros de las comunidades ortodoxa y luterana, la plegaria ininterrumpida, día y noche, en una capilla cercana al área de la asamblea. Durante unos pocos días ahora, una de mis tareas incluye la construcción de redes de trabajo que vinculen a las comunidades (especialmente las comunidades de mujeres) en nuestra Orden monástica de san Benito entre ellas mismas y con otras comunidades. En este contexto he tenido el privilegio de experimentar el amor y celo y creatividad con los que muchas comunidades se están planteando y llevando a cabo proyectos de conservación. Y durante los últimos veinte años he podido observar de cerca con interés y satisfacción cómo las comunidades experimentan un proceso de conciencia general del problema desde las simples reglas domésticas sobre clasificación de residuos, reciclaje, uso económico del agua y la energía, desde una revisión a pequeña y gran escala, hasta un compromiso corporativo de todas las comunidades que incluye con frecuencia una red de trabajo profesional con organizaciones clave como una contribución a la llegada del Reino de Dios prometido por Jesucristo.

Dentro de nuestra propia amplia familia benedictina, Mount St. Benedict en Erie, Pensilvania, señala el camino con un buen ejemplo. Hay una congregación benedictina de hermanas de enseñanza que tenían hasta los años 70 y 80 amplios establecimientos educativos. Cuando cerraron sus escuelas y comenzaron a reorganizar sus recursos, tres her-

manas que habían realizado estudios medioambientales en escuelas y ahora se encontraban buscando un nuevo trabajo, pidieron que se les permitiera formar un equipo medioambiental para su propio monasterio y congregación. El monasterio posee extensas áreas de tierra y agua, y la comunidad se unió en un compromiso común por la conservación, empezando por este pedacito de creación que les ha sido confiada, es decir, su propia tierra y comunidad. Muy pronto emprendieron programas educativos para promover la conciencia de temas medioambientales entre su círculo de huéspedes, amigos y conocidos. Actualmente están escribiendo un pequeño cuadernillo, una “Guía para la intervención medioambiental” para el “greening” de las comunidades benedictinas en América Latina. En este proyecto están cooperando con la Alianza de Religiones y Conservación, fundada por el Príncipe Felipe, Duque de Edimburgo y en conexión con el Banco Mundial. La Asociación internacional de comunidades de mujeres benedictinas en las que estoy implicada, ayudará por medio de esta red a dar a conocer este cuadernillo y difundirlo en América Latina y en otros lugares.

He traído algunas copias del boletín anual de otra organización benedictina, la “Alianza Monástica Internacional”. Esta organización, originalmente fundada para proporcionar ayuda material y solidaridad espiritual a las nuevas fundaciones benedictinas y cistercienses en África, Sudamérica y Asia, se ha visto tras pocos años implicada en la red de conservación de la naturaleza, promoviendo la comunicación entre los monasterios y ayudándolos a encontrar fondos para los proyectos de desarrollo. El número del boletín I que he traído está dedicado a presentar algunos proyectos –agricultura sostenible en Plankstetten/Alemania, medicina orgánica en Dzobegan/Togo y Ewu-Ishan/Nigeria, a cargo de los monjes del Münsterschwarzach para Fair Trade.

Un compromiso para “relaciones correctas con el universo” aparece hoy en documentos titulados “Declaraciones de directivas”, emitidos por los Capítulos generales de muchas congregaciones de mujeres de América y Australia. La Declaración de Directivas de una Congregación benedictina australiana declara:

Honramos a toda la creación y aceptamos nuestra responsabilidad con el planeta, sus gentes y recursos. Nos comprometemos a:

- profundizar en nuestra espiritualidad de administración, justicia y compasión;
- vivir más sencillamente
- cambiar actitudes y comportamiento en nuestra vida personal y de comunidad y en nuestra situación de ministerio.

Por razones obvias, todos los ejemplos que he mencionado están tomados de la familia benedictina. Pero somos conscientes de que muchas comunidades ortodoxas y luteranas están implicadas en el mismo proceso –las monjas ortodoxas en Solan por ejemplo, y la Jesusbruderschaft en Gnadenthal, y también otros grupos. Y en todas las grandes y antiguas órdenes y congregaciones en la Iglesia católica –Franciscanos, Dominicos, Jesuitas– está creciendo la conciencia de nuestra responsabilidad con la totalidad de la comunidad humana sobre la tierra. Hay, por ejemplo, un grupo de 15 comunidades en Roma que han formado un equipo para trabajar en coordinación en las áreas de justicia, paz y medio ambiente. El equipo de medio ambiente publicó un volumen el año pasado sobre el agua, informando a las comunidades religiosas sobre las implicaciones políticas y económicas de la escasez de agua y dándoles las instrucciones para el uso del agua en sus propias casas y zonas. Y el “Centro vaticano franciscano de estudios sobre el medio ambiente” en Roma es una organización clave para la promoción de la espiritualidad, el reconocimiento y técnicas en el área de medio ambiente. Toda comunidad que es tocada por el problema de la conservación y busca implicarse más, necesita no tener dificultades para entrar en contacto con grupos que pueden ayudarla. Gracias a Dios, numerosas comunidades están haciéndolo.

III

Permítanme volver a mi propia comunidad. Actualmente estamos siendo contactadas por nuestros políticos y técnicos

en medio ambiente para que nos impliquemos en temas de conservación de la naturaleza de un modo que significaría un compromiso más corporativo de nuestra parte. Avanzamos hacia una decisión al respecto. Oramos para reconocer cuál es la voluntad de Dios para nosotras. Está creciendo y madurando una decisión. No tengo nada que decirles sobre la conservación que ustedes no conozcan ya. Pero lo que sí puedo hacer es compartir algunos de los pensamientos que me ocupan a mí y a algunas de mis hermanas que estamos tratando de reconocer y formular como criterios espirituales para nuestra decisión –preguntándonos a nosotras mismas, a la luz de la urgencia del tema de la conservación, cuál es nuestra tarea específica como Religiosas, como Benedictinas.

1. CONSERVACIÓN – UNA MATERIA DE FE

La cuestión de la conservación de la naturaleza es para nosotros –no hace falta decirlo– *una cuestión de fe*. Uno puede implicarse en la conservación por diferentes razones –además del sentido de responsabilidad o justicia, o porque es cómo uno percibe que los demás viven. Para nosotras el asunto es relevante porque nosotras –junto con gentes de otra fe distinta al cristianismo– creemos que el universo no existe por azar, sino que es la manifestación amorosa de un Ser divino. Queremos llevar nuestra percepción de un modo específicamente cristiano de observar la creación. Vemos la conservación como proyecto de Dios. Los poderes mundanos, los científicos y las ONG están en segunda línea o más atrás. Nos vemos a nosotras mismas como administradoras de la creación de Dios, responsables ante Él. Vemos el terrible daño que se ha hecho y se sigue haciendo al medio ambiente como resultado del pecado, también de nuestro propio pecado. Nuestra tradición espiritual ve el pecado como un tipo de polución en el alma humana, y nos enseña modos que han sido efectivos para cientos de generaciones que se han ocupado de esta polución. Nuestro compromiso como cristianos en la conservación debería pretender subrayar la absoluta necesidad de ocuparse de este mal en nosotros mismos y de reconocer a Dios como el que nos ha dado la salud a nosotros y a todo el mundo. Veríamos la “reconciliación” como la palabra cristiana para la que es ahora conservación, y un pre-

requisito para el compromiso con la conservación. Un monasterio es un entorno donde se mantiene esta visión de *creación y conservación de la naturaleza*.

2. DIVISIÓN DEL TRABAJO

La atención al medio ambiente es una expresión de fe para todos los cristianos. Pero deberíamos ver un tipo de *división de trabajo* en la casa de Dios aquí sobre la tierra. Trabajar con Dios para sanar el pecado del mundo implica tareas materiales y tareas espirituales que no pueden ser estrictamente separadas una de la otra. Hemos formado profesionalmente expertos en medio ambiente, biólogos, ingenieros, políticos, educadores que se ocupan de los aspectos prácticos, materiales de conservación. Nosotros también tenemos y –necesitamos muy urgentemente– otros comprometidos a tiempo completo para las tareas espirituales implicadas. Necesitamos personas cuya ocupación plena es estudiar lo que Dios mismo ha revelado sobre su propia relación con su creación y sus planes para ella. Tienen que ser personas cuya energía y dedicación principales sean utilizadas simplemente para dejarle a él sus vidas, dejarle llevar a cabo en ellas la obra de reconciliación que Él mismo ha planificado como una parte y un medio para la restauración del mundo y de todas las cosas en Jesucristo. Dios mismo elige quién tiene que asumir qué tareas, y él tiene las manos libres aquí. Como nuestra primera contribución para restaurar el maltratado equilibrio en la creación deberíamos ver que nuestra primera tarea es vivir fielmente en este ambiente contemplativo, este *biotipo espiritual*, preocupándonos de él, acogiendo a los otros en él, comunicándoles el mensaje de que Dios es el primero y el último conservacionista, y nosotros mismos somos el primer pedacito de creación que necesita sanación y redención.

3. ELEMENTOS ESENCIALES DE LA VIDA RELIGIOSA

Permítasenos probar la plausibilidad de esta tesis de división del trabajo, mirando ahora, ante el telón de fondo de la necesidad urgente mundial de conservación, el contenido de vida en el biotipo espiritual. ¿Puede verse como relevante

para las heridas de los bosques, la polución del agua, la extinción de especies de fauna y flora, y todos los problemas económicos y sociales que surgen de ahí? Una breve mirada a algunos *elementos esenciales de Vida Religiosa* nos ayudará.

- *La Revelación dada a nosotros en la Biblia da significado a nuestra vida religiosa. Nuestra vida se desarrolla entre el estudio y la meditación de esta Revelación –Lectio Divina.*

La Regla de san Benito llama a la lectura y meditación orante de la Biblia *Lectio Divina*. No es exactamente un modo de meditación. Durante un largo período implica volverse a mirar la narración de la Revelación, Creación, Redención desde el Génesis hasta la última sentencia del Libro del Apocalipsis como un todo, y desarrollar un modo de vida que es una respuesta a este relato. Cuando leemos orando, día a día, la llamada a la conservación adquiere dimensiones cada vez mayores. Los salmos de la naturaleza que oramos cada mañana en las Laudes nos muestran al Creador del planeta asombrosamente cercano a la realidad de nuestras vidas. Leemos el capítulo 38 de Job y reconocemos hasta qué punto puede ser una locura la presunción de la humanidad, que aspira a conocer y controlar los secretos de la naturaleza que están más allá de la razón humana. Nuestra *Lectio Divina* abre el oído de nuestro corazón a los quejidos de la creación en sus sufrimientos (Rom 8), Colosenses 1 y Hebreos 1 nos prepara para maravillarnos de las nuevas intuiciones sobre Jesucristo y su papel redentor en el universo –*el resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa*. Habrá momentos en los que nos acercamos al maravilloso misterio de la Eucaristía y conocemos en la fe que éste es el acto central de la Redención y Reconciliación, algo infinitamente más poderoso que cualquier proyecto de conservación en el mundo. Meditamos sobre el día del Señor, *cuando los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá* (2 Pe 3, 10) y seremos guiados por el Espíritu para ver la historia del universo, de dónde ha venido y hacia dónde va, en una perspectiva nueva.

El monje, leyendo en oración la Biblia, no puede dejar de querer conocer existencialmente la responsabilidad de los seres humanos por los ultrajes que hemos cometido y que cometemos con la obra de nuestro Creador, y cambiar este estilo de vida de modo que sea más conforme a sus intenciones. El monje, al leer y meditar la Biblia y responder con el corazón a lo que ha leído, no puede dejar de querer inclinarse en adoración y arrepentimiento ante Él, alegrarse en el perdón y la invitación a la administración de la creación y a trabajar con el Creador en la construcción de la nueva creación, su Reino.

– *Llamada a una nueva relación con el Creador (conversión)-Obediencia*

La vida en el biotopo del que estamos hablando no es una vida biológica. Es una relación viva, la relación entre Dios y la humanidad representada en esta estrecha celda del monasterio. Cuidar este biotopo significa primero y ante todo cuidar esta relación. San Benito lo describe en el Prólogo de su Regla para monjes: El Creador nos llama a vivir: “¿quién es el hombre que ama la vida y desea ver días felices?” (Sal 34, 12). Benito nos urge a responder: *Atiende al mensaje que escuchas e inclina el oído de tu corazón, acoge de buen grado la advertencia de un Padre solícito y cúmplela verdaderamente. No es fácil aceptar y perseverar en obediencia pero es el modo de volver a Cristo, cuando te has alejado a causa de tu desidia a la hora de obedecer.* Deseamos vivir, pero nuestra voluntad, nuestro modo de pensar, nuestros deseos profundamente arraigados, llevan a nuestra propia satisfacción y gratificación. La vida es más y mejor que esto. La respuesta al Creador empieza cuando aprendemos a escuchar. Estamos llamados a una relación de escucha con El, prestando amorosamente atención a las indicaciones que nos da sobre quiénes somos, cómo El puede vernos utilizando sus dones, cómo cada uno de nosotros puede, en su propia comunidad, compartir mejor en el servicio de Vida. La profesión del monje es aprender –como la del especialista en medio ambiente sólo de un modo que abarca más todo– a ser una persona que observa, escucha, obedece amorosamente. En su oración, está ofreciendo al Creador día a día este rechazo a ser una

criatura, a obedecer, que está en nuestras verdaderas raíces, y pidiendo que se convierta en un asentimiento libre y amoroso. Está aprendiendo en su relación con el Creador, a aceptar libremente la realidad y a ordenar su vida de acuerdo con esto. Un monje comprometido en la conservación no será probablemente un experto en las leyes de la naturaleza, pero su profesión es tal que tendrá una sensibilidad desarrollada para estas leyes y será un instrumento cuidadosamente formado para cooperar con ellas en su propia vida. Al vivir en interdependencia con la creación, convertirá la obediencia que practica en su relación con la naturaleza, en obediencia de todo su ser en Jesucristo con el Padre y Creador.

– *Perseverancia – sostenibilidad, – Estabilidad*

Los monjes viven según la Regla de san Benito voto de estabilidad. Esto significa que prometen permanecer en el lugar donde han hecho su profesión monástica, comprometidos de por vida con la Abadía y su comunidad. Esto no significa necesariamente que no puedan dejar nunca el monasterio, ni viajar, y los valores que esto representa son mucho más profundos que un vínculo de pertenencia de por vida a un determinado entorno.

El monasterio con sus edificios, jardín, campos y bosques, sus miembros, sus trabajos, sus huéspedes, es una imagen material de un biotopo espiritual. San Benito llama al monasterio la casa de Dios, DOMUS DEI. Los monjes están llamados a un lugar y a una comunidad que necesita este lugar y se vincula a él durante años. Viviendo el voto de estabilidad en un lugar particular y con una comunidad particular, los monjes hoy se volverán fácilmente a los temas de desarrollo sostenible de su propiedad y de esta parte de la naturaleza a ellos encomendada. Pero entendemos estabilidad como más que un compromiso con la propiedad material. El monje hace el voto de estabilidad en orden a obligarse a sí mismo a ser fiel a lo largo de toda su vida a su tarea de cuidar el biotopo espiritual que le ha sido asignado. Por medio del voto de estabilidad se obliga a sí mismo a “hacer uso permanentemente de los medios de poder espiritual, confiando en la providencia de Dios que lo ha llamado a este lugar y a este grupo de hermanos” (Constitución de los Cistercienses).

San Esteban Harding, uno de los tres hermanos fundadores de la reforma cisterciense, era conocido como “amante de la Regla y del lugar” –*amator regulae et loci*. La estabilidad no es una forma de sacar los dientes y aferrarse a algo, es una forma de amor. El monje se abre a sí mismo en su voto de estabilidad para permanecer aquí con el fin de aprender a amar, obligándole a perseverar. Por su voto está diciendo a Dios y a su comunidad: “esta tarea de vivir y cuidar el biotopo no es una opción que yo pueda dar durante un rato. De la misma manera que Jesús fue fiel hasta la muerte, así yo quiero dedicar mi vida entera en amor a la tarea que me ha sido asignada aquí”. La estabilidad es una cualidad de vida profundamente arraigada, una relación en la que las pasiones desordenadas del corazón humano pueden transformarse en fidelidad y amor hasta la muerte. La estabilidad, una parte integral de la vida y dedicación del monje, es un prerrequisito para el desarrollo que es sostenible hasta que el tiempo cesa. Porque sólo Dios es fiel, él es la única fuente de sostenibilidad real. El monje y la comunidad se vinculan ellos mismos a Él en estabilidad, con el fin de servirle a Él en Su proyecto sostenible para Su Universo.

- *Fidelidad al estilo de vida que he reconocido como justo –fidelidad a la vida monástica / “conversión de costumbres”*

San Benito llama al monasterio una “Escuela del servicio al Señor”. Es éste un lugar donde nunca terminamos de aprender, un programa de “educación de adultos” hasta la época de la jubilación. Benito tiene un capítulo sobre Reglas de conducta, designado para educar a los que asisten a su escuela para que lleguen a ser seres humanos, con el fin de entrar en la vida eterna. Llama a su capítulo: “los instrumentos de las buenas obras”. Madurez en la economía de la Revelación cristiana significa aprender a reconocer que yo soy un ser humano, una criatura, y no Dios. Y que yo soy este particular ser humano que soy, con todos mis dones y limitaciones. En la escuela del monasterio aprendo a conocerme a mí mismo como realmente soy, aparte de todos los fines educativos, profesionales, sociales y otras metas que esta sociedad me reclama y que yo he estado intentando encontrar, muchas

veces equivocándome en el reconocimiento del proceso. En la Escuela del servicio al Señor aprendo en la presencia del único que me creó y me ama como soy, a dejar de lado todo el maquillaje, máscaras y papeles. Pureza de corazón es como los Padres llaman a la condición de un monje que ha avanzado en esta sencillez y humildad que él aprende mediante el uso de los instrumentos de las buenas obras. Ha dejado de jugar todos los juegos que nosotros jugamos para justificarnos a nosotros mismos, para cubrir nuestras huellas, para conseguir lo que queremos, para impresionar a los demás. Él es simple y fuerte y transparente como la persona que es.

En el camino para la pureza de corazón, uno tiene que cambiar actitudes y hábitos que están profundamente arraigados. Trabajamos sobre ellos, los eliminamos uno por uno, cambiando el estilo de vida propio y adoptando el estilo de vida propio del monasterio. La regla monástica nos da una guía lapidariamente clara como orientación para que nosotros comencemos el camino, o para guardarnos cuando estamos agotados y tentados de prevaricar. En la materia de las necesidades corporales que tenemos, se nos dan instrumentos que nos permiten alejarnos de las necesidades que otra gente nos dice que tenemos, para ponernos en contacto con las necesidades que son genuinas y básicas. “No beber ni comer en exceso. Controla tu cuerpo con autodisciplina, no te entregues a placeres sin límites, aprende a valorar la automoderación de ayunar”. Hay instrumentos para afrontar situaciones de conflicto: “Ora por aquellos que son hostiles a ti, y si tienes un pleito, busca la paz y reconciliación antes de que caiga el sol”. Estamos alerta (despiertos) a la cuestión de las actitudes que la sociedad enseña sobre la sexualidad: “No cumplir los deseos sensuales que se te presentan naturalmente, ama la castidad” (de la RB, cap. 4). Por un largo programa de actitudes y un estilo de vida que podría ser muy útil para la población de nuestro planeta, si los proyectos de conservación tienen que tener un efecto sostenible.

- *No poseer nada propio, simplicidad y frugalidad – teniendo todas las cosas en común*

El religioso en nuestra sociedad puede tener todas las necesidades para su salud y bienestar en su trabajo. Su monas-

terio puede ser el mayor propietario y empleador en la zona, poniendo con ilusión todo lo que tiene en un proceso para la promoción de la justicia, la paz y la conservación de la creación. Pero tomar en serio su vida implica para el monje enfrentar radicalmente la verdad de que *no tiene nada propio*. Benito le lleva a reconocer la verdad de que no tiene nada propio. El Rito utilizado al comienzo de su vida como monje exige que entregue todo lo que posee. Deja sus propias ropas que traía consigo, y toma el hábito de monje. Este acto tiene el mismo significado simbólico que cuando el Hindu Swami, que pasa la noche antes de hacer su compromiso de vida orando a la orilla del río, al amanecer se quita la ropa de novicio que llevaba, entra en el agua y se deja llevar irrevocablemente.

Este acto de entrega radical de todo es un modo de dar una línea de guía para las actitudes que queremos desarrollar en adelante. Queremos que nuestras vidas se empapen de la realidad de nuestra completa dependencia en un mundo inevitablemente interconectado, que existe sólo por el don del Creador (Elaine P. 30. 31). Nos comprometemos a simplificar nuestras vidas. El religioso quiere ser unánime con el Creador y así se tomará en serio la intuición de que la adicción humana al consumo en la esfera material puede tener como resultado la pobreza e inanición de las otras criaturas, y sin duda la extinción de otras especies. Los bienes y los placeres injustamente ganados impiden una relación de apertura y amor con el Creador. Quiere comunicarse con él como un humilde servidor del cuerpo y los dones que él le ha dado.

- *Respeto a toda la creación, no tomando nada para sí mismo –castidad, celibato, “por el Reino de Dios”*

El papel de la castidad, el celibato consagrado, es uno de los bellos y al mismo tiempo más misteriosos elementos en el biotopo espiritual. Es difícil decir algo significativo sobre él en pocas palabras. Una hermana americana de Loreto, Sor Elaine M. Prevallet, hizo una excelente contribución hace un par de años en una presentación sobre la espiritualidad terrena en una conferencia promovida por la “Loretto Earth Network”. Quizá es suficiente en el marco de esta conferencia recordar lo que la Revelación cristiana nos dice sobre la sexualidad. Aquellos que en nuestro mundo tienen poder

para influir en las gentes por razón de sus propios medios de comunicación están constantemente difundiendo el mensaje de que la expresión genital de la sexualidad es esencial para la plenitud humana y de que todo ser humano es completamente libre dentro de la ley de la tierra para desarrollar y expresar su sexualidad como desee. El mensaje de la Revelación es diferente. Lo que nos dice es que la sexualidad humana es un instrumento verdaderamente sensible y poderoso de conexión entre la criatura y el Creador. Las directrices para usarlo son claramente diferentes de las que nos encontramos en psicología, en la educación secular, en los medios de comunicación, en la publicidad, en mucha literatura. En el biotopo espiritual la sexualidad tiene que ver con las relaciones de amor entre Creador y criatura. No tiene que ver principalmente con la abstinencia de la actividad sexual y de la reproducción. Es sobre todo el deseo de dedicarse todo entero y con todas las energías de la vida a Dios. Sería necesaria al menos una presentación completa para hacer justicia a la relación entre vivir la castidad o el celibato consagrados y la conservación de la Creación. Lo mejor que puedo hacer es citar a Sor Elaine: “el celibato tiene que ver con modos de amar no posesivos y no excluyentes... el celibato es una disposición generosa, un profundo impulso por el espíritu de sabiduría y vida dentro de algunas personas, para la preservación y crecimiento de la comunidad de vida sobre el planeta Tierra”. Creo que es incluso más que esto, pero por el momento me permito seguir al filósofo Wittgenstein y callar antes de usar mal la verdad usando palabras que no son adecuadas para esta materia.

IV

El biotopo “Monasterio” existe para recordar

La tendencia de la naturaleza humana a olvidar a su Creador y las implicaciones de su ser criatura tiene una larga historia como tema de literatura espiritual. Muy pronto en la historia del monacato occidental, Gregorio Magno en la introducción a su “Vidas de hombres santos” de Italia describe cómo el interés y ocupación de su tarea como obispo de Roma, su constante comunicación con mucha gente, destruía su paz y recogimiento interiores. Había perdido contacto con la

dimensión contemplativa de la vida. “*Quiero encontrar el camino de regreso*”, escribe, “*pero no puedo. Soy como una pelota movida arriba y abajo sobre las olas de un vasto océano, y mi mente es como un barco movido de acá para allá por una violenta tormenta*”. Describe el proceso de olvido más adelante: “*para empezar, perdemos el tesoro que tenemos, pero sentimos algo de pena por la pérdida. Un poco después perdemos incluso el recogimiento de los bienes que solíamos tener, y esto nos ayuda para nuestras vidas. Lo hemos perdido completamente*”. Seguramente todos estamos familiarizados con esta experiencia. Para Gregorio, las vidas de los santos, de los monjes y muy especialmente de san Benito de Nursia, han sido el signo más útil que señala el camino de regreso a las fuentes de paz y orden de la mente. Él escribió una vida de san Benito como un modo de clarificar la dirección para sí mismo. Era un modo de volver a entrar en contacto con las raíces de la contemplación cristiana que siempre anheló vivir.

Estamos todos expuestos a este peligro de olvido espiritual. Si queremos crecer en la fe, necesitamos mantener el contacto con las fuentes. Si queremos que nuestro compromiso con la conservación de la naturaleza se alimente de las raíces de nuestra fe en el Creador que se reveló a sí mismo y su plan para la creación a nosotros, necesitamos vivir profunda y auténticamente la dimensión contemplativa de nuestra propia vocación. Nuestros monasterios existen como recuerdo de Dios y de la dimensión divina de la vida para nosotros mismos, pero también para nuestros hermanos y hermanas en la familia humana, y nosotros como religiosos estamos comprometidos a contribuir a este carácter anamnético del monacato. Nuestros proyectos crecerán con nuestro anhelo de la consumación de nuestra propia vida y de toda la creación en Jesucristo, y de algún modo reflejarán la fuente de donde vienen, proclamando la buena nueva de la creación y de reconciliación, de la Cruz y Resurrección de Jesucristo.

Al implicarnos nosotros mismos en el movimiento mundial para la conservación de la creación estamos abriendo las puertas de nuestro monasterio para compartir con mucha gente clarividente y competente. Queremos aprender de ellos y cooperar con ellos. Quisiéramos traer a esta comunicación y cooperación la visión del mundo confiado a nosotros, basado en la Revelación de la Biblia y convergiendo final-

mente en Jesucristo y la llegada escatológica del Reino. La creación no es un *habitat* que nosotros hemos construido para nosotros mismos y que pueda con nuestros recursos humanos ser adecuadamente cuidada y preservada. Es la casa de Dios, nosotros somos los administradores, aprendiendo a comprender su plan, a cooperar con él y a cumplir sus deseos. Todo lo que nosotros hacemos estará imbuido del conocimiento de que él es Dios:

*De Yahvé es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y cuantos lo habitan,
pues él la fundó sobre los mares,
la asentó sobre los ríos (Sal 24,1-2).*

V

Para terminar, déjenme decirles o recordarles la hermosa leyenda de san Kevin, fundador del monasterio de Glendalough en Irlanda en el siglo VII. *Se dice que una vez san Kevin estaba arrodillado con sus brazos extendidos en forma de cruz en Glendalough, un lugar que hasta hoy es uno de los refugios cubiertos de árboles y con mucha agua en todo el país. Cuando Kevin estaba arrodillado y orando, un pájaro negro confundió su mano extendida con algún tipo de rama y descendió sobre ella, dejó una puesta de huevos en ella e hizo su nido en ella como si fuera la rama de un árbol. Entonces vencido por la compasión y obligado por su fe a amar la vida en todas las criaturas grandes y pequeñas, Kevin permaneció inmóvil durante horas, días y noches y semanas, sosteniendo su mano hasta que los pollos salieron del cascarón y les crecieron las alas, verdad para vivir aunque subversiva para el sentido común, en la intersección de un proceso natural y el ideal vislumbrado, a la vez y al mismo tiempo un indicador y un recordatorio.*

Un comentario a este relato como imagen para la vida religiosa y la conservación de la creación sería superfluo para esta audiencia. Kevin es fiel a su vocación contemplativa. La creación y la vida tiene su curso dado por Dios. Las dos cosas están interrelacionadas de un modo misterioso que el corazón del creyente puede reconocer inmediatamente. Pero antes de correr el riesgo de que se piense que termino con

una nota de romanticismo religioso tomado del Crepúsculo Celta, me gustaría añadir que la versión de la leyenda de san Kevin que acabo de leer está tomada de la lectura dada por nuestro poeta irlandés Seamus Heaney con ocasión de su recogida del Premio Nobel de Literatura en Estocolmo en 1995. La poesía de Seamus surgió de una niñez y juventud pasada en el brutal caos de Irlanda del Norte en los años 50 y 60. San Kevin en oración es para él una imagen de “aquellos inmensos actos de fe y amor que los seres humanos producen continuamente a través de los tiempos en medio de la devastación y la masacre, el asesinato y la extirpación”.

No podremos emular a san Kevin ni en su sensibilidad ni en su resistencia física. Pero también para nosotros hoy, la vida religiosa, la vida en el biotopo contemplativo, es una parte indispensable de la interconexión de biotopos que constituyen el Universo. Es un don y un reto que se nos da para que nos acordemos –en medio de nuestro mundo de avaricia, excesos y destrucción despiadada de la naturaleza y del género humano– de la fe y el amor por el Creador y su creación de la que habla esta leyenda, y de su primera fuente y su fin último.

MADRE MAÏRE

*Abadesa del Monasterio
benedictino de Dinklage*

SUMMARY

The present abbess of the Benedictine Monastery of Dinklage offers us a reflection, full of wisdom, on the advantages which the Benedictine monastic life offers with regard to becoming involved in the care of the environment. She uses documents and experiences from the Benedictine Order itself, but also focuses on the intrinsic elements of their spirituality, in order to show how the monasteries in the present day are places which are outstanding symbols of how humans can integrate with their natural surroundings. Ecology and monastic life have always been closely associated, and today this union needs to be maintained in the light of modern science and the need for ever increasing urgency in conserving the earth.